

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2009)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2009
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. También fue presidente de la Alianza Evangélica Española durante 10 años (1999-2009), y actualmente es vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano** en la dirección <http://tienda.pensamientocristiano.com>.

Índice

| | |
|---|----|
| Enero, Febrero 2009 – «Más que vencedores»..... | 3 |
| Marzo 2009 – Las relaciones humanas. ¿Mayordomos o esclavos? (I)..... | 7 |
| Abril 2009 – Las demandas de la cruz..... | 10 |
| Mayo 2009 – La relaciones humanas. ¿Mayordomos o esclavos? (II)..... | 13 |
| Junio, Julio 2009 – Jesucristo ante la frustración humana..... | 17 |
| Septiembre 2009 – Al gozo por la obediencia..... | 22 |
| Noviembre 2009 – ¿Por qué Dios...?..... | 25 |
| Diciembre 2009 – El triunfo de la luz sobre las tinieblas..... | 27 |
| Libros de José M. Martínez..... | 29 |
| Libros del Dr. Pablo Martínez Vila..... | 29 |
| Folletos de José M. Martínez..... | 29 |

Copyright © 2009, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

«Más que vencedores»

Un himno inspirado e inspirador

*«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.»
(Ro. 8:28-30)*

Lo que precede y lo que sigue en este pasaje no es una doctrina esotérica. Es algo que «sabemos», pese a que profundiza en temas doctrinales de singular trascendencia, en primer lugar la cuestión de la providencia de Dios y el Dios de la providencia. En la afirmación del versículo 28 infinidad de creyentes han hallado una mina de consuelo y aliento. Este versículo podría ser interpretado en el sentido de que todas las cosas se mueven y actúan en favor de quienes aman a Dios como si fuesen ángeles buenos que, con una personalidad bondadosa, deciden proteger a los hijos de Dios. Probablemente pocos creyentes asumirían esta elucidación. En realidad no son las «cosas» las que cooperan para el bien de los santos. Es Dios el que dispone y usa las cosas para beneficiar a los que le aman. Nos gusta la versión de la Biblia de Jerusalén cuando ofrece la siguiente traducción: «Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman». Resumimos: La providencia de Dios sólo podemos comprenderla adecuadamente si la contemplamos a la luz del Dios de la providencia.

Detalle a destacar es que son todas las cosas las sometidas a los agentes providenciales. No sólo las que alegran y estimulan, sino también las dolorosas o desalentadoras; no sólo las que entendemos, sino igualmente las que no llegamos a comprender. «¡Todas...!»

El versículo que estamos comentando concluye con una aclaración importante: los que aman a Dios y son por él asistidos son «llamados por Dios conforme a su propósito». Todo lo que concierne a nuestra salvación, desde el principio hasta el fin, está ordenado de acuerdo con un plan divino eterno. Nuestra salvación, desde el principio hasta el fin, es obra suya, fruto de su gracia.

En los versículos 29 y 30 se nos abre majestuosamente el proceso de la salvación. mediante cuatro frases difícilmente sondables, pero riquísimas en contenido teológico:

«A los que antes conoció también los predestinó.»

«A los que predestinó, a éstos también llamó.»

«A los que llamó, a éstos también justificó.»

«A los que justificó, a éstos también glorificó.»

En ese proceso aparecen primeramente los beneficiarios de la salvación como aquellos a los que Dios conoció. Ese «conocimiento» se remonta al pasado eterno, cuando se determinó y configuró el «propósito» de Dios. No es un simple conocimiento previo de lo que ha de acontecer como corresponde al Dios omnisciente; es una predisposición amorosa hacia seres que van a ser hechos imagen de su Hijo amado, quien a su vez es imagen de Dios. Con su pre-conocimiento Dios reconoce y acepta a quienes, por la fe, están en Cristo.

En segundo lugar: los conocidos son predestinados. Esta palabra, objeto de encendidas controversias, no debería nunca ser estudiada aisladamente. En el Nuevo Testamento, por lo general, aparece seguida de la preposición «a» o «para». La soberanía de Dios siempre aparece en relación con él mismo, con su Hijo Jesucristo o con una finalidad determinada. En el texto de Ro. 8:29 leemos: «A los que antes conoció los predestinó para que fuesen hechos conforme a la

imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos». La Biblia de Jerusalén presenta una versión igualmente iluminadora: «...los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo». Difícilmente podríamos imaginar un destino más digno: ser hechos hermanos del unigénito Hijo de Dios.

Seguidamente vemos que los predestinados son llamados. Se trata del llamamiento a la fe y al servicio; otra faceta del honor que en Cristo nos es otorgado.

El cuarto eslabón de la cadena es la justificación, tema amplia y profundamente tratado por Pablo en esta epístola a los Romanos y en otros escritos del Nuevo Testamento. Partiendo de la pecaminosidad del ser humano y de su incapacidad para salvarse por propios méritos; nadie puede justificarse delante de Dios. Pero lo que nadie puede lograr por propio esfuerzo moral, Dios lo realiza en virtud de la obra expiatoria de Cristo (Ro. 3:21-28; Ro. 5:1), por la fe (Ef. 2:8-10). La conclusión es que, por la fe, el hombre anteriormente injusto es declarado justo, recubierto de la justicia de Cristo.

Finalmente, «a los que justificó, a éstos también glorificó». El proceso de la salvación llega a su fin. El propósito de Dios, que tuvo su origen antes de la creación, ha ido cumpliéndose en el transcurrir del tiempo para llegar a su fin. Se extiende de eternidad a eternidad.

Puede llamar la atención el hecho de que en el texto bíblico la afirmación («a éstos también glorificó») aparece en futuro, mientras que las anteriores están en aoristo (pretérito). Quizá Pablo está usando el «pasado profético» hebreo, mediante el cual se presenta como cumplido algo que se hará real en el futuro. «Desde el punto de vista histórico, el pueblo de Dios no ha sido aún glorificado; pero en la perspectiva del decreto divino su gloria ha sido determinada desde la eternidad» (F. F. Bruce).

Por otro lado, se puede notar que en la cadena de afirmaciones parece observarse una omisión importante: entre la justificación y la glorificación no se menciona la santificación, esencial en el propósito divino. No obstante, la omisión quizás es más aparente que real. En su segunda carta a los Corintios, Pablo indica que, «mirando a cara descubierta la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen...» (2 Co. 3:18). Una declaración semejante hace el apóstol en su carta a los Colosenses (Col. 3:10).

Resumiendo la enseñanza bíblica podemos decir que, en un sentido limitado, la glorificación del creyente ha comenzado ya, aunque todavía ensombrecida por muchas imperfecciones. Pero la plenitud de la glorificación sólo se manifestará en el día de Jesucristo, cuando seremos hechos partícipes de su gloria. Ya hemos leído Ro. 8:17. Y en Col. 3:4: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, también vosotros seréis manifestados juntamente con él en gloria», la gloria de su exaltación por el Padre (Fil. 2:9-11), la gloria de su poder de resurrección por el cual los santos en Cristo disfrutarán de «cuerpos celestiales», espirituales, capacitados para vivir santamente. La manifestación de Cristo en su segunda venida producirá una gran transformación en el cuerpo de los redimidos: en vez de corrupción, incorrupción; en vez de mortalidad, inmortalidad; en vez de herencia adamita, transformación a semejanza perfecta del nuevo Adán, Cristo (1 Co. 15:45-57). Entonces el dolor y las lágrimas serán sustituidos por una nueva experiencia en el tabernáculo de Dios: la antigua creación dará lugar a «cielos nuevos y tierra nueva». Entonces «ya no habrá muerte, ni más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron» (Ap. 21:4). La historia de la salvación, alcanzado su eslabón final, marcará el principio de una etapa nueva en el marco de una nueva eternidad.

Climax del cántico

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito:

Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;

Somos contados como ovejas de matadero.

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.»

(Ro. 8:31-39)

Con esta conclusión alcanza su punto culminante el capítulo 8 de Romanos. La Biblia de Jerusalén la encabeza con el título: «Himno al amor de Dios». De hecho es una serie de deducciones resumidas de lo que Pablo ha expuesto a partir del v. 28. La pregunta «¿Qué, pues, diremos a esto?» «Esto», lógicamente, nos reconduce a la cadena de la salvación en la que de modo impresionante sobresale el Dios eterno y todopoderoso efectuando la salvación de sus redimidos en sus diversas fases, desde la eternidad hasta la eternidad. «¿Qué, pues, diremos a esto?» ¿que el paso del cristiano a través del mundo es una marcha plácida, una experiencia constante de bendiciones y goces? El apóstol, como hemos visto, ha dejado claro que, si somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, «padeceremos juntamente con él para que juntamente con él seamos glorificados» (Ro. 8:17); Se ha referido a la gloria venidera como inseparable de las aflicciones del tiempo presente (Ro. 8:18) y ha manifestado que, en una creación que gime, «también nosotros gemimos» (Ro. 8:22-23).

Los sufrimientos del cristiano tienen como causa su propia debilidad, sus dudas, su propensión a ceder a las inclinaciones de su vieja naturaleza. También tiene como adversario a la sociedad en que vive, por lo general indiferente u hostil a la fe cristiana; en algunos casos la oposición del mundo a la causa cristiana se traduce en una acción violenta, con lo que muchos santos se han convertido en mártires. Y no podemos olvidar al archienemigo de Cristo y de su Iglesia; el diablo, unido a los «principados y potestades, los dominadores de este mundo de tinieblas, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12), o sea, las fuerzas del mal en el universo.

Ante adversarios tan poderosos, ¿qué puede hacer el creyente en Jesucristo? El cántico nos da la respuesta: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Ro. 8:31). Dios, desde la eternidad, se ha puesto al lado y a favor de una humanidad necesitada de redención. Ello a pesar de que se trataba de un pueblo de pecadores. Su «estar por nosotros» le costó la entrega de su Hijo unigénito para que efectuara la expiación del pecado en la cruz, con todo lo que de sufrimiento entrañaría aquella entrega. Casi parece increíble, pero así es. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (v. 32). La respuesta, positiva, es de pura lógica.

Lo son también las correspondientes a las tres preguntas siguientes:

¿Quién acusará a los escogidos de Dios si es Dios mismo el que justifica? (v. 33). Este reto nos recuerda el del Siervo del Señor en Isaías 50:8: «Cerca está de mí el que me salva; ¿quién contendrá conmigo? Quién es el adversario de mi causa? Acérquese a mí». El único que podría aceptar el desafío es el diablo —el gran acusador—; pero todo intento suyo de triunfar como

acusador está condenado al fracaso. Así se puso de manifiesto en la ilustración de Zacarías relativa al sumo sacerdote Josué (Zc. 3). Como sustituto de los seres humanos, Cristo pagó la deuda de éstos mediante su muerte propiciatoria; pero su resurrección es el principio de su exaltación, en virtud de la cual queda asegurada la salvación de sus redimidos.

¿Quién es el que condenará, si Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros? (v. 34). Cristo, como Mediador entre Dios y los hombres, movido por su amor infinito, pagó con su muerte nuestra deuda y, con su resurrección, atestiguó la validez de su obra redentora ante Dios Padre, Juez perfecto y soberano.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? (v. 35). Ninguna adversidad, ningún sufrimiento, ninguna humillación, ni la muerte misma podrán causar tal separación. Por el contrario, «en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (v. 37).

El luchador cristiano sería «vencedor» si resistiera imbatido los ataques del enemigo; pero es más; en medio de todas las vicisitudes y padecimientos encuentra la gracia de Dios para convertir los padecimientos pasivos en acción, los aguijones en armas espirituales. El propio apóstol Pablo vivió esa experiencia encarcelado en Filipos durante su segundo viaje misionero, y también en Troas cuando sufría atormentado por la ansiedad al pensar en los posibles problemas de la naciente iglesia de Corinto. Temía que Satanás tuviese alguna ventaja en aquella situación, pero pronto sus dudas y temores se desvanecieron de modo que pudo escribir: «A Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento» (2 Co. 2:14).

Desde la predestinación eterna hasta la glorificación, todo es un entrelazamiento de circunstancias y acontecimientos controlados o impulsados por Dios en la realización de su propósito eterno. «En toda la incertidumbre que caracteriza esta vida terrenal, hay algo que es absolutamente firme y seguro, a saber, la elección por parte de Dios y el amor de Cristo. Ambas cosas son igualmente eternas e inalterables» (Anders Nygren). Esta certeza es la que ha animado a los mártires de todos los tiempos, la que inspiró a los hugonotes franceses para cantar su famoso himno «Plus que vainqueurs...» («Más que vencedores»). Aún hoy es cantado por muchos protestantes en diversos países de Europa. Con su versión en español concluimos nuestro cántico:

*¡Más que vencer!» Tal es nuestra divisa,
nuestra bandera en la persecución.
Para la fe no hay batalla indecisa.
Para el cristiano no hay condenación.*

*¡Ánimo, amigos! Poder invisible
Nos comunica Jesús por su cruz.
El Rey de reyes es Jefe invencible:
¡Más que vencer...! ¡Por la muerte a la luz!*

José M. Martínez

Las relaciones humanas. ¿Mayordomos o esclavos? (I)

Las relaciones personales son complicadas. Encierran en sí mismas lo más hermoso del alma humana -la capacidad de amar y darse-, pero también contienen rincones oscuros de donde puede salir lo peor de cada uno. Así, nuestras relaciones personales pueden ser una antesala del cielo o el mismo infierno. Las relaciones se disfrutan, pero también se sufren. Ello ocurre en todos los ámbitos de la vida: la familia, el matrimonio, la iglesia, el trabajo, incluso con los amigos. Esta es, probablemente, la razón por la cual la Palabra de Dios abunda en instrucciones acerca de cómo relacionarnos con el prójimo. Quizás con la excepción de la salvación, ningún otro tema es tan ampliamente tratado en la Escritura. Dios muestra especial interés en que «hagamos bien a todos y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá. 6:10).

La idea de la mayordomía aplicada a las relaciones no aparece en la Palabra de forma tan explícita como en otros temas, por ejemplo en el área del tiempo (Ef. 5:16) o de los dones y talentos (Mt. 25:14-30). No se nos exhorta textualmente a «administrar bien nuestras relaciones»; sin embargo la idea implícita de ser responsables, fieles y muy cuidadosos en todas nuestras relaciones aparece sin cesar. Por ejemplo, no hay ni una sola epístola que no dedique una sección amplísima al tema, con especial mención de Efesios, Colosenses y 1ª de Juan que constituyen un auténtico tratado magistral de mayordomía en las relaciones. En la medida en que el cristiano intenta aplicar estos principios éticos diseñados por Dios, sus relaciones se convertirán en fuente de satisfacción y de gozo: «Mirad cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía» cantaba el salmista con entusiasmo (Sal. 133:1). Igualmente, cuando el ser humano se aleja de estas instrucciones divinas para la convivencia, las consecuencias son nefastas: rupturas, celos, homicidios y muros de separación que hacen de las relaciones un tormento.

Buscando el equilibrio: la relación con Dios, conmigo mismo y con otros

En la vida hay tres relaciones esenciales de las que debemos ser buenos mayordomos por igual, sin descuidar ninguna de ellas: la relación con Dios, la relación conmigo mismo y la relación con los demás. Las tres son interdependientes y forman como un racimo inseparable. Mi relación con lo demás irá bien en la medida que yo sea capaz de relacionarme bien conmigo mismo. La psicología nos enseña el gran valor de nuestra identidad como base de las relaciones: quien no ha aprendido a relacionarse consigo mismo, encuentra difícil relacionarse con los demás. Muchos problemas de acercamiento, de intimidad, vienen de una identidad defectuosa. No debemos descuidar, por tanto, la mayordomía de nuestra propia persona, el conocido consejo de Pablo a Timoteo «ten cuidado de ti mismo».

Pero la clave radica en nuestra relación con Dios. Las relaciones conmigo y con los demás irán bien en la medida en que mi relación con Dios sea adecuada. Este es el orden bíblico y ahí está el secreto de nuestra mayordomía. Cuando se rompe la relación con Dios, como ocurrió en la Caída, arrastra en consecuencia la relación con uno mismo y con los demás.

Dos conclusiones se desprenden de este punto:

- ◆ hemos de buscar un equilibrio adecuado entre las tres relaciones básicas. Vivir para los demás no puede llevarnos a descuidar nuestra persona de forma negligente o nuestra relación con Dios.
- ◆ El origen y sostén de todas nuestras relaciones es Dios. Por ello, «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican» (Sal. 127:1). Dependemos de los recursos del Espíritu Santo y del amor de Cristo para ser buenos mayordomos

¿Quién es mi prójimo?

Al hablar de la relación con los demás necesitamos delimitar nuestro campo de acción: ¿de quién hemos de ser mayordomos? ¿A quién hemos de cuidar? Si no precisamos la parcela de

nuestra mayordomía, podemos perdernos en un campo difuso y enorme de relaciones en las que no tenemos, de hecho, una responsabilidad esencial. En el presente artículo vamos a tratar de las relaciones con el **prójimo**. El Señor, al resumir los mandamientos, nos delimitó perfectamente nuestra tarea: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Entendemos por prójimo a aquellas personas que están cerca de nosotros por razones afectivas o físicas; la palabra «prójimo» literalmente significa el «próximo», el que está al lado. A veces el prójimo lo es de forma circunstancial, no permanente, como nos enseña la parábola del buen samaritano. No olvidemos que el Señor expuso esta parábola en respuesta justamente a la pregunta «¿quién es mi prójimo?».

Este mandamiento (o resumen de mandamientos) tiene sobre nosotros dos efectos; por un lado, nos libera porque nadie nos pedirá cuentas por «los millones de personas que sufren en el mundo» o «las multitudes que pasan hambre». Pero, al mismo tiempo, tiene un efecto que nos compromete porque sí soy responsable por el que sufre a mi lado o el que pasa hambre junto a mí pues ellos son mi prójimo.

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn. 4:9). Con esta pregunta Dios confrontó a Caín tras su espantoso fratricidio. Por su misma naturaleza, toda mayordomía contiene un elemento inevitable de *responsabilidad*. Éste es el principio que encontramos en el texto de Génesis. Dios le pide cuentas a Caín por su homicidio. «¿Qué has hecho con tu hermano Abel?» Caín no podía lavarse las manos impunemente porque tenía que darle explicaciones a Dios del brutal trato dado a su hermano. Igualmente Dios nos pedirá cuentas a cada uno de nosotros por cómo hemos tratado al prójimo. Nadie puede responder con el cinismo de Caín: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?». Sí, todo creyente es guarda de su hermano.

La meta de este escrito es estimular a una mayordomía saludable y equilibrada, fuente de relaciones satisfactorias, no engendrar culpa ni ansiedad por nuestra imperfección y carencias en tan magna tarea. *Descansamos en la gracia de Cristo* que nos justifica. Reconocemos nuestra impotencia y nuestra debilidad en ésta como en otras áreas de la vida cristiana. Por tanto, en un tema propicio a la frustración hemos de aferrarnos a esta gracia divina que nos libera de falsos sentimientos de culpa y también nos limpia de la culpa auténtica cuando ello haga falta. Sólo así, partiendo de nuestra impotencia humana y nuestra fortaleza en Cristo, podremos disfrutar de uno de los mayores privilegios del ser humano: «ser guarda de su hermano».

Límites y limitaciones: un enfoque realista

¿Cómo podemos ser buenos mayordomos de nuestras relaciones? Ante todo, una buena mayordomía *no significa satisfacer todas las demandas y necesidades de mi prójimo*. Si no entiendo o no acepto este principio básico y quiero cubrir todas las necesidades que veo a mi alrededor, voy a acabar frustrado y agotado, y dejaré descuidadas otras áreas importantes de la vida.

Ello es así por dos razones: en primer lugar, porque en el campo de las relaciones humanas las necesidades son casi infinitas, nunca se terminan. Aquellos que tienen responsabilidades pastorales en la iglesia o los que trabajan en profesiones asistenciales (sanitarios, maestros, obreros sociales etc.) conocen bien esta realidad: cuanto más haces, tanta más cuenta te das de lo que queda por hacer, de modo que *siempre hay algo más que puedes hacer*. Nos hará bien recordar que ni siquiera el Señor Jesús, como hombre, fue capaz de satisfacer todas las expectativas de los demás. Con frecuencia le vemos poniendo límites a las demandas de la gente, unas veces apartándose de las multitudes para ir a descansar, otras veces incluso rehusando ayudar cuando ello no entraba dentro del propósito de su ministerio (Mt. 15:21-28).

La segunda razón es que algunas personas -afortunadamente no todas- cuanto más les das, tanto más esperan -o incluso, exigen- de ti. Es un problema de expectativas que a veces puede

convertirse en una auténtica carga para quien desea ayudarles porque tales personas acaban sintiéndose como víctimas y hacen sentir a los otros culpables. Por tanto, el primer paso es *aceptar nuestras limitaciones y poner límites a nuestra entrega*. En este sentido nos ayudará tener una *motivación* correcta a la hora de «guardar al hermano» y una visión clara de lo que Dios espera del mayordomo. Éstas son nuestras próximas consideraciones.

Mayordomos de Dios, no esclavos de los hombres

El apóstol Pablo nos da un principio muy clarificador. «Así pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo y **administradores (mayordomos)** de ... Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores que cada uno sea hallado fiel» (1 Co. 4:1-2). El requisito principal, de hecho el único mencionado, de un mayordomo de Dios es la *fidelidad*. La misma idea se encuentra en el conocido pasaje de la parábola de los talentos cuando el elogio supremo que recibe el mayordomo es: «Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel...» (Mt. 25:21). Llama la atención que en el texto de 1ª Corintios 4 Pablo se refiere inmediatamente al escaso valor que la opinión de los demás tiene para él: «Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros» (1 Co. 4:3). Es significativo que tal afirmación se haga justamente en el contexto de una buena mayordomía. El apóstol sabía bien que en el campo de las relaciones lo importante es la opinión de Dios, no la de los hombres.

Ello nos hace volver de nuevo al problema de las expectativas de los demás. Si tenemos claro que nadie nos exige satisfacer todas las demandas posibles y lo que el Señor espera es una actitud fiel, ¿por qué algunos creyentes caen en un activismo frenético y, aún así, sienten que nunca es suficiente lo que hacen en su servicio a los demás? En la mayoría de ocasiones surge de la necesidad de agradar mucho y no decepcionar nunca. Algunas personas viven como un fracaso el tener que decir «no» y temen perder el afecto del otro si no satisfacen todas sus demandas, por excesivas que sean. Sin darse cuenta, enfocan sus relaciones con una motivación equivocada: que tengan un buen concepto de mí. Es lo que llamaríamos la *motivación narcisista*. Este problema -porque llega a ser un problema- suele darse en personas inseguras, con una autoestima baja, que necesitan constantemente el afecto de los demás en forma de aprobación y de aplauso. De lo contrario se sienten frustrados o culpables.

Como creyentes no cuidamos del prójimo para agradarle ni para que tenga un buen concepto de nosotros. Cuando esto ocurre es agradable, pero es un «efecto colateral», no la meta de nuestras relaciones. Se nos llama a ser *mayordomos de Dios, pero no esclavos de los hombres*. La motivación central es el amor a Cristo porque es a El a quien servimos (Col. 3:23-24).

*«No nos cansemos, pues de hacer el bien;
porque a su tiempo segaremos si no desmayamos.
Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos,
y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá. 6:9-10)*

Dr. Pablo Martínez Vila

Las demandas de la cruz

Son muchas las iglesias que al llegar a la llamada «Semana Santa» celebran la crucifixión del Señor Jesucristo al final de su vida en la tierra. Por inaudita que parezca, esa celebración no es una barbaridad; es la exaltación del Hijo de Dios, quien se entregó a sí mismo en propiciación por nuestros pecados. Mediante la cruz se abre la puerta a la salvación de quienes por su arrepentimiento y su fe, son incorporados al pueblo de Dios. Es comprensible la concentración cristocéntrica en la obra divina de la salvación. De ahí que los escritores del Nuevo Testamento, prácticamente en su totalidad, se refirieran explícitamente a la crucifixión de Jesús como fundamento de nuestra salvación.

Como ejemplo, podemos citar al apóstol Pablo, quien escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí, y lo que ahora vivo en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá. 2:20). Y en otra de sus cartas afirmó con vehemente radicalidad: «Yo resolví entre vosotros no saber cosa alguna que no sea Jesucristo, y éste crucificado» (1 Co. 2:2).

El propio Señor Jesucristo declaró a sus discípulos que «debía ir a Jerusalén y padecer muchas cosas de sus adversarios y ser muerto» (Mt. 16:21, Mt. 20:17-18). Él había venido al mundo «no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28). Esta afirmación tuvo confirmación solemne al compartir con sus discípulos el pan y el vino en la cena que él mismo había instituido (1 Co. 11:23-25).

Ahora bien, para el discípulo de Cristo el mensaje de la cruz entraña un cuádruple llamamiento:

Una llamada a la reconciliación y la comunión con Dios

En el Nuevo Testamento la palabra más usada para traducir la experiencia de la conversión es «*metanoia*», que significa «cambio de mente». Este cambio exige una convicción de pecado profunda y una confesión del mismo, lo que incluye reconocimiento de la naturaleza dañada por el pecado. Esto hace que nos reconozcamos culpables delante de Dios, no sólo por lo que hemos *hecho*, sino por lo que *somos*. Lo que la cruz de Cristo demanda de nosotros no es una cosmética espiritual que nos haga honorables a ojos de nuestros semejantes, sino una espiritualidad radical equivalente a una nueva creación (2 Co. 5:17). Lo que se nos pide es que imitemos a Cristo y nos convirtamos en luz del mundo y sal de la tierra (Mt. 5:13-16).

Un par de parábolas bíblicas nos ilustran bien el significado del arrepentimiento y la fe en la conversión. Ambas son tan conocidas como iluminadoras y ambas producen en nosotros convicción y confesión de pecado como principio de una vida nueva en relación santa con Dios, Padre misericordioso.

No puede ser más clara y enternecedora **la parábola del hijo pródigo** (Lc. 15:11-32). En ella se relata el desvarío de un joven que abandona el hogar paterno y se hunde en una vida de disipación y miseria, pero que reflexiona, confiesa su pecado y vuelve arrepentido a la casa paterna con una confesión conmovedora. Dice a su padre: «He pecado contra el cielo y contra ti; no soy digno de ser llamado tu hijo, pero hazme como uno de tus jornaleros» (Lc. 15:21). En la emotiva respuesta de su progenitor, el hijo no oye ningún reproche, ningún sermón. Sólo palabras de bienvenida y aceptación. Para padre e hijo el regreso de éste se ha tornado en fiesta. El hijo perdido ha sido hallado; había estado muerto y ha revivido. Una gran fiesta ha marcado el comienzo de la más grande de las experiencias: la salvación.

Parábola del fariseo y el publicano (Lc. 18:9-14). El primero era prototipo de una falsa religiosidad. No buscaba la gloria de Dios, sino su propio ensalzamiento, la inflación de su vanidad.

Por el contrario, el publicano -odiado cobrador de impuestos para el erario de Roma- no se sentía merecedor de nada. Consciente de sus faltas y del aborrecimiento de los judíos más ortodoxos, «no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador».

Para Jesús, el juicio sobre aquellos dos hombres era claro: «Os digo que aquel hombre (el publicano) descendió a su casa justificado más bien que aquél, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».

Una llamada a la entrega plena

La cruz de Cristo implica una demanda de entrega plena por parte del creyente que decide seguir a Jesús. Pablo fue consecuente también con este compromiso: «El amor de Cristo nos constriñe, habiendo llegado a esta conclusión: que si uno murió por todos luego todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:14-15).

Esa entrega implica reconocimiento y aceptación plena del señorío de Cristo. Es hermoso poder decir al Señor lo que le dijo Pablo el día de su conversión: «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hch. 9:6). O hacer nuestras las palabras del distinguido líder moravo Conde de Zinzendorf: «Sólo tengo una pasión, y ésta es él, únicamente él».

La entrega del creyente para servir a su Salvador es un gran privilegio derivado de su redención. Constituye un cambio de dueño. Recordemos las palabras de Pablo en su primera carta a los Corintios: «¿No sabéis que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Co. 6:19-20). ¿O acaso servimos a Dios a medias? ¿No estaremos pretendiendo seguir siendo señores de nuestra vida a la par que hacemos de Cristo nuestro siervo? ¡Qué absurdo! ¡Y qué indignidad!

Una llamada a la identificación con Cristo

«Si alguno está en Cristo, es una nueva creación; las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Con Cristo morimos y con Cristo resucitamos. La comunión con él exige una renuncia a toda forma de desobediencia. En Cristo y con él, el creyente está llamado a vivir una vida de discipulado sin reservas. Son inadmisibles los términos medios en los que nos gusta instalarnos. «Ningún siervo puede servir a dos señores» (Lc. 16:13).

En la portadilla del libro de C. S. Lewis *The great divorce (El Gran Divorcio)*, escribió George McDonald las siguientes inspiradas palabras: «No, no hay escapatoria. No existe cielo alguno con un poco de infierno, no hay modo de retener algo del diablo en nuestros corazones o en nuestros bolsillos. ¡Fuera Satanás con todos sus pelos y plumas!».

Aun los pecados más sutiles -egoísmo, orgullo, vanagloria, envidia, rencor- acarrearán el desagrado del Señor. Contra ellos hemos de luchar sin desfallecimiento si realmente le tenemos a él por Señor. Nuestra fidelidad al Cristo provocará la hostilidad del mundo, pues vivimos en una sociedad abiertamente anticristiana, lo cual nos obliga a luchar contra nuestras propias tendencias pecaminosas.

En nuestra pugna contra toda suerte de fuerzas enemigas más de una vez resbalaremos y caeremos, pero en la cruz de Cristo encontraremos siempre el poder para ser «más que vencedores» (Ro. 8:37).

Una llamada a evangelizar

Aun antes de asumir la cruz, Jesús fue consciente de que una parte esencial de su obra -la formación de la Iglesia- no la iba a realizar solo. Llamó a doce de sus discípulos y los envió a predicar el reino de Dios (Lc. 9:1-6). Después de su muerte y su resurrección, les encomendó la «gran comisión» (Mt. 28:19). La iglesia apostólica pronto vino a ser testimonio vivo de Cristo, lo que acarreó persecución e incluso muerte violenta. Impresiona el testimonio de Esteban, seguido del de Pablo, al que pronto siguieron otros que tuvieron el mismo fin que estos primeros discípulos.

Una vez convertido a Cristo, Pablo vino a ser uno de los paladines de la obra misionera. Con lógica convincente razonó la necesidad de aceptar el reto misionero: «¿Cómo predicarán si no han sido enviados?», para citar a continuación el bello y estimulante texto de Isaías: «Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!» (Ro. 10:15). Bajo la dirección del Espíritu Santo y en circunstancias sumamente adversas tuvo lugar en aquel tiempo una gran expansión misionera en numerosos lugares del imperio romano. No debe de ser casualidad que los periodos más florecientes en la historia de la Iglesia cristiana han sido aquellos en que la obra misionera ha sido atendida con diligencia.

¡Dichosa la iglesia local que instruye a sus miembros en la gloriosa tarea de proclamar el más glorioso de los mensajes! ¡Y bienaventurado el creyente que responde dignamente a las demandas de la cruz!

José M. Martínez

Las relaciones humanas. ¿Mayordomos o esclavos? (II)

Concluíamos la primera parte de este artículo afirmando que no cuidamos del prójimo para agradarle ni para que tenga un buen concepto de nosotros, sino por amor a Cristo. Ésta debe ser la motivación central en nuestro servicio a los demás.

Consideraremos ahora algunos aspectos prácticos de la mayordomía de nuestras relaciones. Para ello necesitamos responder a una cuestión básica: ¿Por qué necesito a mi prójimo? ¿De dónde surge nuestra necesidad de relaciones significativas? La respuesta a esta pregunta nos va a proporcionar el marco de referencia, el modelo necesario para una buena práctica.

«Ningún hombre es una isla». Las relaciones según el modelo de la Trinidad

La famosa frase del poeta John Donne «ningún hombre es una isla» refleja una realidad profundamente arraigada en el ser humano. Todos tenemos necesidad de relacionarnos porque Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza. Las relaciones humanas son una consecuencia del sello divino en nosotros. Dios existe en forma plural, como bien observamos en el relato de la creación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn. 1:26). Ello constituye una característica distintiva del cristianismo, la única religión monoteísta donde Dios aparece en forma plural. Es un argumento más para defender la singularidad de la fe cristiana ante la idea tan en boga hoy de que «todas las religiones son iguales».

Desde un buen principio Dios se revela como el ser relacional por excelencia. Sus relaciones tienen una doble dimensión y ello va a constituir *el modelo de nuestras propias relaciones*. Por un lado, se relaciona con las otras personas de la Trinidad. En Juan 15, por ejemplo, hay una preciosa descripción de la relación perfecta, armónica, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero, además, Dios entra en relación con el hombre. Esta segunda dimensión se hace evidente en el nombre dado al Hijo, «la Palabra, el Verbo» (Jn. 1:1) que es el instrumento de relación y de comunicación por excelencia. Cuando Dios crea al ser humano, pone en su corazón esta misma necesidad de relación bidireccional. Por un lado, siente el anhelo de contacto con un Tú superior, con la divinidad. De ahí el profundo y misterioso «impulso religioso» que reconocen todos los estudiosos del comportamiento humano, hasta los más escépticos. Es la «sed de Dios» descrita por el salmista (Sal. 42:1-2). Por otro lado, la necesidad de relacionarse con otro «tú» (en minúscula), el prójimo: «No es bueno que el hombre esté solo, le daré pues ayuda idónea». Todos los psicólogos y antropólogos reconocen la necesidad básica de amar y ser amado como uno de los pilares de la felicidad humana.

Así pues, esta necesidad doble -de trascendencia, la sed de Dios, y de amor humano- nos recuerda nuestro origen divino como criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios. Quizás algún día la ciencia llegue a explicar con todo detalle la biología de nuestras relaciones, es decir qué ocurre en nuestro cerebro cuando amamos y disfrutamos, por ejemplo, de una buena amistad. La ciencia nos explicará el cómo, pero sólo la palabra de Dios nos responde al *para qué* y el *por qué* ningún ser humano «puede ser una isla».

La practica de la mayordomía

En la primera parte del artículo decíamos que la fidelidad constituye el requisito básico del mayordomo según el modelo bíblico. En la práctica, ¿qué significa esto? ¿Cómo puedo ser un mayordomo *fiel de sus relaciones*? El modelo de la Trinidad, la forma cómo las tres personas divinas se relacionan entre sí nos marca el camino. Por supuesto, ¡la comparación es imperfecta y limitada porque nosotros no somos Dios! Pero este sello divino antes descrito y la presencia de Cristo en cada creyente mediante el Espíritu Santo nos permiten trazar paralelos muy enriquecedores. Al considerar el modelo de la Trinidad vemos tres ingredientes fundamentales que definen una relación adecuada.

La prioridad del ser

Una de las frases más usadas para resumir una relación es: «ha sido muy bueno conmigo», o bien al revés, «me ha hecho mucho daño». La forma de ser del otro, su carácter, es lo que deja la huella más profunda en nosotros, lo que más recordaremos.

Observemos cómo en la parábola de los talentos el Señor elogia, ante todo, virtudes y valores del carácter: «bueno» y «fiel». Los resultados del trabajo de aquellos siervos, aun siendo importantes, quedan relegados a un lugar secundario. A Dios le importa más el *cómo* somos y vivimos que nuestros logros. El «hacer» tiene su lugar, pero no antes del ser y, como veremos luego, del «estar con». Este orden de prioridades es esencial en cualquier mayordomía que contenga un ingrediente de amor, ya sea con la esposa –amor conyugal- o con los hermanos en la iglesia, -amor fraternal. Ello es un reflejo de lo que ocurre en nuestra relación con Dios: la meta primera es la forja de un carácter, «que seamos hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Ro. 8:29). No debe ser casualidad que la descripción primera que se hace de Jesús es que «era el Verbo» (Jn. 1:1). Alude a su esencia, el ser, para describir después lo que hizo (Jn. 1:9-18).

Este principio tiene una consecuencia práctica importante. El éxito o el fracaso en mis relaciones no se debe medir, en primer lugar, por lo que hago por ellos –*actividades*- sino por mis *actitudes*, cómo soy con ellos. Ser un buen mayordomo no es, ante todo, un asunto de tener más o menos tiempo para dedicar a la esposa, los hijos, los amigos o los hermanos en la iglesia. La calidad de nuestras relaciones no es un asunto de agenda o de reloj. Dos personas pueden estar juntas y, sin embargo, sentirse muy lejos la una de la otra. Todo lo que hagamos por los demás debe venir precedido y rubricado por un trato afable, un carácter lleno del fruto del Espíritu. Este es el mejor regalo que podemos darle a una persona. De hecho, uno de los mayores elogios que alguien nos puede hacer es: «Gracias por ser como eres».

Un personaje bíblico, Bernabé, nos ilustra muy bien este principio. Su mismo nombre apela a un rasgo precioso de su forma de ser: «hijo de consolación». Su contribución mayor a la Iglesia Primitiva no vino dada tanto por sus actividades -viajes misioneros, ministerio en la iglesia de Jerusalén, etc.-, sino por su carácter conciliador y consolador. Estas virtudes fueron la clave que facilitó el trascendental encuentro del recién convertido Saulo con los atemorizados discípulos que recelaban de él. La aportación más importante de Bernabé a la Iglesia tuvo que ver, ante todo, con su carácter lleno del fruto del Espíritu Santo.

La importancia de «estar al lado de»

Después del *ser* viene el *estar*. La segunda forma práctica de ser fiel como mayordomo de mis relaciones consiste en *estar con*, *estar al lado* de mi prójimo. También esta faceta es un reflejo del modelo de la Trinidad. Se corresponde con el ministerio del Espíritu Santo en el creyente; él es el *Paracleto*, cuya función es confortar y guiar. La palabra aplicada a esta acción del Espíritu Santo -*parakaleo*- es muy rica en matices; significa a la vez cuidar, estar al lado de, confortar, consolar, preocuparse por. El vocablo equivalente en latín sería *curar*. De ahí surge el concepto de *cura de almas*, tarea primordial en la vida de cualquier iglesia y meta del mayordomo fiel. Cuidar a mi prójimo, a mi esposa, a mis hijos, a mis padres, a mi hermano en la iglesia, implica estar junto a, estar presente (de ahí deriva la palabra «asistir»). Un ingrediente esencial del *cuidar* es la cercanía. No se trata sólo de una cercanía física, sino sobre todo emocional. Se puede transmitir aun estando físicamente lejos. Por ello una llamada por teléfono, una carta, un regalo, un mensaje, una tarjeta postal nos hacen exclamar: «gracias por estar a mi lado, te he sentido cerca».

Esta faceta es especialmente valiosa y apreciada en los momentos de gozo y de sufrimiento. «Llorar con los que lloran y gozar con los que se gozan» (Ro. 12:15) es una de las mejores formas

de ser un mayordomo fiel en las relaciones. Nuestra sola presencia al lado de alguien que sufre, del atribulado por una pérdida, del que tiene sed o hambre, está en la cárcel o está desnudo (Mt. 25:31-40) es un regalo precioso no sólo para la persona, sino para el Señor mismo: «Por cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos, a mí lo hicisteis» (Mt. 25:40). ¡Impresionante privilegio!

Cuando el creyente practica esta forma de mayordomía está imitando y aplicando la labor del Espíritu Santo. Y esta tarea, además, la realiza con Su poder. Ahí radica la diferencia entre una preocupación meramente humanitaria o social por los demás, tarea que puede realizar cualquier persona de buen corazón, y la labor de pastoreo mutuo dentro del cuerpo de Cristo, la Iglesia, que sólo se puede realizar bajo la dirección y el poder del Consolador por excelencia. Cualquier ONG puede cuidar al necesitado; sólo el creyente puede hacer «cura de almas» porque tiene al Espíritu Santo, el cuidador divino.

También aquí encontramos ejemplos bíblicos de hombres modestos, ocupando un lugar secundario en comparación con los apóstoles, pero cuyo ministerio de consolar y cuidar fue clave en la consolidación de las iglesias nacientes. Ya hemos considerado a Bernabé. Tenemos a Tíquico, a quien Pablo envió a los colosenses para que «conforte vuestros corazones» (Col. 4:8). Pablo dice acerca de Filemón: «Pues tenemos gran gozo y consolación en tu amor, porque por ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos» (Flm. 1:7). Parecido ministerio ejerció Epafrodito a quien Pablo se refiere como «ministrador de mis necesidades». Lo más hermoso es la manera como Pablo describe a continuación el efecto benéfico que la presencia de Epafrodito iba a tener entre los filipenses: «Así que le envió con mayor solicitud, para que al verle de nuevo os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recíbidle, pues, en el Señor con todo gozo y tened en estima a los que son como él» (Fil. 2:28-29). ¡Cómo necesitamos de Epafroditos en la Iglesia hoy!

Amar implica servir y soportar

El amor es la tercera característica de un mayordomo fiel. Pero, ¿qué significa amar? El amor *ágape* tiene dos grandes dimensiones. (Para un estudio más amplio del tema recomendamos el pasaje de Col. 3:1-17, excelente catálogo práctico del amor en la iglesia). Por un lado, tiene una dimensión *activa* que implica dar, servir, entregarse. Después del *ser* y del *estar al lado* de entramos ahora en el *hacer*. Ello supone tomar la iniciativa, dar el primer paso. El cántico del amor por excelencia (1 Co. 13) no es tanto un poema romántico como un catálogo de actitudes que retratan al amante maduro. Así, el segundo rasgo apela al servicio: «El amor es servicial» (1 Co. 13:4, versión Reina Valera 1977). El servicio supone estar dispuesto, si hace falta, a ceñirse la toalla y lavar los pies de mi prójimo. ¿En qué te puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer por ti? El Señor Jesús la resumió en la llamada regla de oro: «Y todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mt. 7:12). Esta demanda es mucho más difícil que el refrán «no quieras para los demás lo que no quieras para ti». La frase popular se centra en lo negativo y es pasiva –evitar algo. El *ágape* de Jesús, por el contrario implica dar el primer paso, es activo.

El amor, sin embargo, tiene una segunda dimensión que –de nuevo- nos lleva al terreno de las actitudes. Acabamos de ver su faceta activa –hacer por-, pero los *actos de amor* deben siempre ir acompañados de *actitudes de amor*. He aquí algunos ejemplos:

«Vestios, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros y perdonándoos unos a otros si alguno tuviera queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestios de amor, que es el vínculo perfecto» (Col. 3:12-14).

Esta descripción del amor nos sorprende por su realismo. Decíamos al principio que las

relaciones humanas son muy complicadas y frágiles. Pablo lo sabía bien y por ello empieza el mencionado cántico del amor de 1 Co. 13 con una paradoja sorprendente: «el amor es sufrido». El amor maduro ha aprendido a soportar, a tener paciencia, a perdonar.

La vinculación entre amor y sufrimiento –«el amor es sufrido»- se hace muy evidente en la relación de las diversas personas de la Trinidad con el ser humano. El Dios Padre «...se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra y le dolió en su corazón» (Gn. 6:6). Asimismo son innumerables los pasajes en que vemos cómo el corazón de Dios «se conmueve y se inflama toda su compasión» (Os. 11:8). Del Espíritu Santo se dice que «intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Ro. 8:26). Y ¿qué diremos del Señor Jesús, «varón de dolores, experimentado en quebranto» por amor a cada uno de nosotros? Sí, «el que ama llora y el que no llora es que no ama», como bien señaló el teólogo japonés Kitamori, un destacado estudioso del tema del sufrimiento de Dios.

Debemos concluir, volviendo al pensamiento inicial: las relaciones humanas son una fuente inmensa de gozo, pero, a veces, también de decepción y de desaliento. El mayordomo fiel que busca darse a los suyos experimentará en algún momento de su vida la frustración del apóstol Pablo cuando afirmó de los corintios: «Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más sea amado menos» (2 Co. 12:15). El antídoto contra el desaliento radica en tener los «ojos puestos en Jesús» (He. 12:2) quien nos ha prometido que «cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa» (Mt. 10:42).

Dr. Pablo Martínez Vila

Jesucristo ante la frustración humana

*«Vanidad de vanidades, todo es vanidad...
He aquí todo era vanidad y aflicción de espíritu,
y sin provecho debajo del sol»
(Ec. 1:2, Ec. 2:11)*

*«Un mundo loco, lleno de gente loca,
está dando un salto mortal en el cielo,
y cada vez que empieza un salto,
ha pasado otro día.»
(poema anónimo)*

Cada vez más personas en nuestra sociedad se identifican con este poema y con las palabras iniciales del Eclesiastés: viven con una sensación de absurdidad, de estar en un viaje a ninguna parte, de que la vida no tiene sentido. Pero, ¿es realmente un sentimiento moderno? El libro del Eclesiastés, escrito hace más de tres mil años, ya nos hace un retrato descarnado de este «síndrome» de frustración vital repitiendo como un estribillo la frase «vanidad de vanidades, todo es vanidad». El vacío y la absurdidad de una vida sin Dios han sido compañeros inseparables del ser humano desde siempre.

La palabra frustración viene de un término latino *-frustra-* que significa en vano, sin sentido, inútil. Es significativo observar cómo en nuestra generación esta palabra ha llegado a convertirse en una expresión popular, sobre todo entre los adolescentes: «¡qué frustré!» exclaman ante una contrariedad. La mayoría probablemente no es consciente de la profundidad de lo que están diciendo, pero es un reflejo muy significativo del vacío existencial de muchos de ellos. Sin saberlo, están expresando toda una filosofía de vida.

Camino sin salida: la frustración en la vida diaria

¿Qué es, en realidad, vivir frustrado? Podemos encontrar expresiones visibles de la frustración casi en cualquier área de la vida, pero vamos a dejar que la palabra de Dios misma nos lo muestre.

El autor del Eclesiastés hace una descripción detallada de su frustración al contemplar la vida tal cual es. Podríamos decir que se enfrenta cara a cara con la vida, ejercicio muy poco habitual hoy en una sociedad que nos está distraendo constantemente con válvulas de escape que nos ayudan a olvidar y mitigan los sinsabores diarios. Acompañemos al Predicador en su reflexión existencial. Repasa una a una las diversas **ilusiones** y metas a las que se había entregado durante años empezando por el **trabajo**: «¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?» (Ec. 1:3). «Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho bajo el sol, el cual, al fin y al cabo tendré que dejar a otro que vendrá después de mí; y quién sabe si será capaz o incapaz, sabio o necio el que se aprovechará de todo mi trabajo en que yo me afané y en que ocupé debajo del sol mi sabiduría. Esto también es vanidad.» (Ec. 2:8). ¿No es éste el mismo sentimiento de muchas personas al llegar a la jubilación o en la crisis de la media vida a los cuarenta-cincuenta años? Uno se pregunta: ¿ha valido la pena tanto sacrificio, tanto esfuerzo? ¿Para qué? El actor Marlon Brando, poco después de entrar en un proceso de enfermedad grave afirmó: «Te acercas al final de la vida, ha pasado todo muy rápido y cuando llegan los últimos días dices ¿qué demonios ha sido esto?».

Esta desazón no aparece sólo al considerar la vida laboral. La misma experiencia relata el Predicador cuando se entrega al **estudio**: «Dediqué mi corazón a conocer la sabiduría y a entender los desvaríos. Conocí que aun esto era aflicción de espíritu, porque en la mucha

sabiduría hay mucha molestia y quien añade ciencia añade dolor» (Ec. 1:17-18). El vivir sólo para estudiar, para la ciencia, también le deja al Predicador un sentimiento de vacío. Goethe, un hombre con una inteligencia privilegiada y dedicado por completo a las letras, el día que cumplió 75 años confesó: «En mi vida todo ha sido fatiga y dolor, puedo decir que en 75 años no he disfrutado ni cuatro semanas de verdadera satisfacción».

Tampoco la prosperidad económica, las **riquezas**, llenaron al autor del Eclesiastés. «Dije yo en mi corazón: ven ahora, te probaré con alegría y gozarás de bienes, mas he aquí esto era también vanidad» (Ec. 2:1). «Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas, me hice huertos y jardines y planté en ellos árboles de todo fruto; me hice estanques de agua, para regar de ellos el bosque en el que crecían los árboles; compré siervos y siervas y tuve siervos nacidos en casa; tuve posesión grande de vacas y ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias... Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén.» (Ec. 2:4-9). Pero he aquí su conclusión en crudas palabras: «Miré yo después todas las obras que habían hecho mis manos y el trabajo que tomé para hacerlas, y he aquí todo era vanidad (frustración) y aflicción de espíritu y sin provecho debajo del sol» (Ec. 2:11). Los bienes materiales no pueden dar un sentido a la existencia. ¿Es casualidad que algunos de los hombres más ricos y célebres hayan acabado sus días quitándose la vida? Este fue el caso de George Eastman, inventor de cámaras fotográficas y fundador de la famosa compañía Kodak. Considerado uno de los filántropos más generosos de América, donó la mitad de su fortuna para obras de caridad. Pero nada parecía llenar su vida hasta que, ya anciano, a los 78 años se suicidó.

El Predicador buscó también la respuesta a su inquietud en los **placeres**. «No negué a mis ojos ninguna cosa que no desearan ni aparté mi corazón de placer alguno» (Ec. 2:10). Observemos, sin embargo, de nuevo la conclusión: «A la risa dije: enloqueces, y al placer, ¿de qué sirve esto?» (Ec. 2:2). La satisfacción de todos los deseos y necesidades, el *carpe diem* (vive el día) de los antiguos latinos acaba también produciendo un sentimiento de tedio. Los ejemplos en nuestra sociedad -hedonista en grado máximo- son innumerables. El mundo más vacío es el de la persona que vive sólo para divertirse.

Todos estos caminos -el trabajo, el estudio (el mundo académico), los bienes materiales, los placeres- son buenos en sí mismos. La Palabra de Dios no los condena. Cometeríamos un grave error si los presentáramos como algo negativo. Son facetas propias de la vida humana creadas por Dios para nuestro bien y disfrute. El problema surge cuando dejan de ser *medios*, instrumentos, y se convierten en un *fin* en sí mismas. Lo que frustra no es trabajar, sino *vivir para trabajar*; lo negativo no es entregarse a la ciencia, sino buscar en ella el sentido de tu vida; el vacío desesperante de las riquezas aparece cuando uno busca llenar con ellas el tedio vital. Cuando consideramos estos medios como la *razón de ser* de nuestra vida, entonces se convierten en agua que no sacia, en aspirina que no calma el dolor más que por un poco de tiempo. Ello es así porque no llegan a la raíz del problema tal como nos muestra el autor del Eclesiastés al final de su libro.

Así pues, la frustración es un sentimiento de vacío, de absurdidad que se expresa en apatía, desmotivación, un estar de vuelta de todo. Tristemente muchos jóvenes hoy sufren este «síndrome del Eclesiastés»: están de vuelta de todo sin haber siquiera empezado el camino; son viejos con veinte años. Les falta lo opuesto a la frustración: la ilusión y la esperanza.

¿La sociedad es la culpable? Las causas de la frustración

¿Cuáles son las causas de este tedio existencial? A simple vista, el problema parece radicar en el entorno social, en este «mundo loco lleno de gente loca» según nuestro poema inicial. Y no es una respuesta del todo errónea. La frustración es un fenómeno pluridimensional, algo así como

una casa con varios pisos donde la influencia de los problemas sociales es innegable. Un análisis prolijo de estas causas sociales escapa al marco reducido de este artículo. Sin embargo, sí queremos mencionar tres ejemplos que reflejan valores e ídolos que nacen de una sociedad enferma y que, en un nefasto «feed-back» negativo, engendran frustración y más problemas sociales.

Un primer ejemplo, el aumento de la **agresividad** contra uno mismo y contra los demás. Los expertos en sociología y en salud mental nos alertan del incremento exponencial de los trastornos psíquicos en los últimos quince años. En esta línea, los intentos de suicidio y los suicidios consumados (agresividad dirigida contra uno mismo) son una de las principales causas de muerte entre jóvenes e incluso entre niños de 10-14 años.

Otra muestra de esta agresividad es el aumento dramático de la **violencia** en las relaciones personales: las agresiones en colegios e institutos, la proliferación de tribus urbanas que se pelean simplemente porque necesitan expresar la violencia que llevan dentro. Llega el fin de semana y las cadenas, las porras o los bates de béisbol constituyen el «equipo» necesario para practicar su deporte favorito: la guerra. Y qué diremos de la proliferación de costumbres casi sádicas como entrenar a perros de determinadas razas (rotweilers, pitbulls, etc.) para que se peleen hasta morir en un espectáculo tan violento como absurdo. Vivimos en una «cultura» -curioso contrasentido- de la violencia. Debemos decir, no obstante, que la agresividad también se manifiesta de formas mucho más sutiles e incluso bien vistas por una sociedad hipercompetitiva. El mundo de la empresa vive a diario situaciones donde el «yo» es afirmado de forma casi darwiniana: a fin de ascender, todo vale. No importa que tenga que pisar o maltratar a mi prójimo. ¡Cuántas carreras meteóricas dejan una estela de «cadáveres» emocionales a su alrededor!

Este clima enfermizo no es exclusivo de jóvenes ni se manifiesta sólo con agresividad. Un segundo ejemplo, aparentemente inofensivo, nos lleva al mundo de la publicidad y nos afecta a todos, jóvenes y adultos. Una firma comercial de prendas deportivas puso como logo a sus artículos la frase «just do it» (simplemente, hazlo). Haz ¿qué? Lo que sea, no importa. Si te apetece, si lo necesitas, hazlo. No te frustres. La filosofía subyacente es clara: el **derecho a satisfacer todos mis deseos y necesidades** de forma inmediata. No se puede aplazar la gratificación personal «porque tú eres importante y te lo mereces». Se trata de obtener lo que deseas como bien resumía el título de una canción «I want it all, I want it now» (Lo quiero todo y lo quiero ahora). Este énfasis en «conseguirlo ya», frecuente en muchas campañas publicitarias, pone al descubierto una filosofía de vida: «no quiero, ni puedo esperar». Para estas personas esperar es fuente de frustración.

Un último ejemplo. Los grandes almacenes saben que cada cierto tiempo es necesario cambiar los escaparates por completo. ¿Por qué? La gente busca en los cambios un remedio para el **aburrimiento**, una de las manifestaciones más frecuentes de frustración. La persona necesita sentirse permanentemente estimulada con novedades. **El cambio** se ha convertido en un ídolo intocable porque se asocia con el «derecho a ser feliz». En nuestra sociedad todo parece estar en necesidad de constante cambio. La filosofía del «nada a largo plazo» afecta a todas las áreas de la vida, incluidas las más proclives a la perseverancia -la «fidelidad»- como son el matrimonio y las relaciones personales. Ello explica fenómenos tan preocupantes como el deterioro de la vida familiar y laboral. El no cambiar -la rutina- es vista como un mal y, por tanto, fuente de frustración.

Sí, el ser humano busca en la afirmación agresiva del yo, en la gratificación inmediata de los deseos y en los cambios constantes la salida, -«la solución»- a su sentido de vacío en la vida. Estas conductas -y otras parecidas- vienen a ser como aspirinas que calman el malestar existencial. Pero, ¿por cuánto tiempo? El efecto analgésico de una aspirina es limitado. Luego, si no se corrige la causa, reaparece el dolor. Éste es exactamente el mensaje del Eclesiastés. Cuando uno reflexiona profundamente en el sentido de la vida, llega a la conclusión de que ni el trabajo, ni el estudio, ni las riquezas, ni el placer pueden dar respuesta satisfactoria. Cuando uno

vive para estas cosas, descubre que la vida es «vanidad -frustración- y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol» (Ec. 2:11). No sorprende, por tanto, la conclusión del autor: «aborrecí la vida... porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa» (Ec. 2:17).

Esta falta de ilusión y de metas a largo plazo está relacionada con un problema más profundo y más grave: la **falta de esperanza**. Vivimos fundamentalmente en un mundo sin esperanza. Con frecuencia hago esta pregunta a los adolescentes: «imagina que puedo concederte un deseo, ¿qué te hace ilusión?, ¿qué quieres?» Una de las respuestas más frecuentes es «comprarme...». No importa el qué: una moto, un vestido. La respuesta es bien significativa: la satisfacción a corto plazo. ¿Por qué apenas hablan de tener unos estudios, una profesión o formar una familia como respondía la generación de hace treinta años? La filosofía de vida de nuestra sociedad posmoderna es un fiel espejo de su escepticismo vital: «no merece la pena pensar en el futuro porque no sé cuál será este futuro». La ausencia de esperanza es un tóxico existencial que acaba envenenando todas las áreas de la vida. Por ello es imprescindible aportar esperanza como antídoto contra la frustración.

Así pues, concluimos este punto afirmando que no basta con una sociedad mejor, más justa y menos violenta, para acabar con la frustración del ser humano. Las evidencias refuerzan nuestro argumento: Suecia es el país donde las diferencias salariales son las más bajas de todo el planeta, con una altísima renta per capita y, sin embargo, tiene un índice muy alto de violencia entre padres e hijos. Es sorprendente la crisis de la familia en este país, considerado durante muchos años un modelo social del que había que aprender; la agresividad de los hijos hacia los padres y viceversa ha llegado a límites preocupantes para las autoridades. ¿Por qué se pelean si, aparentemente, tienen un gran bienestar social? La respuesta a esta pregunta nos lleva al tercer y último punto.

La separación de Dios, raíz de la frustración humana

*«El fin de todo el discurso oído es este:
Teme a Dios y guarda sus mandamientos,
porque esto es el todo del hombre»
(Ec. 12:13)*

La frustración, como concluye el autor del Eclesiastés, no es en último término un problema social sino moral y espiritual. El entorno, por supuesto, influye y, como ya hemos apuntado, debemos reconocer y luchar contra los problemas sociales. El deseo de una sociedad más justa no es patrimonio exclusivo de políticos y sociólogos. También nosotros, como cristianos, sentimos la responsabilidad que nace del anhelo -enseñado por el mismo Señor Jesús- de «ser sal y luz» en este mundo. En este sentido, muchas iglesias evangélicas en España tienen una clara vocación de servicio a su entorno social.

Pero ahí no acaba todo: una sociedad mejor no es la respuesta definitiva al vacío existencial de cada ser humano. El meollo de la frustración no está en nuestra sociedad, sino en nuestra *suciedad*, la suciedad moral que nace del corazón y se extiende cual mancha de aceite a nuestro alrededor. El director de cine Stanley Kubrick, muy apreciado como cineasta y fino observador del alma humana, afirmó en cierta ocasión: «La hipocresía del hombre le ciega acerca de su propia naturaleza y origina la mayor parte de los problemas sociales... la idea de que la crisis de la sociedad tiene como causa las estructuras sociales y no al hombre es una idea peligrosa». Estas palabras cobran un valor añadido al venir de una persona a quien no se puede tildar de religiosa.

En el fondo la frustración es un problema personal, interno. Cual punta de iceberg, es el síntoma visible de una crisis más profunda. En último término, lo que lleva a los hombres a la frustración no son los demás -ni las circunstancias- sino uno mismo. La ambición desmesurada, el deseo insaciable de fama, de éxito, de dinero, la vanidad, el resentimiento, el rencor, todos estos

«tóxicos» que envenenan el mundo nacen de mi interior. El problema soy yo, no el mundo que me rodea, como nos recuerda el Señor Jesús: «No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mt. 15:11).

C.S. Lewis, haciéndose eco de una cita célebre de Agustín de Hipona, dice en uno de sus libros (*Cristianismo y nada más*): «Encuentro en mí un deseo que no puede llenar ninguna experiencia de este mundo. La única explicación posible es que he sido hecho para otro mundo». La Escritura nos da la explicación a este desasosiego profundo. En el antológico pasaje de Romanos 8 –un canto de triunfo en Cristo- se nos recuerda el origen de esta anomalía existencial: «Porque la creación fue sujeta a **vanidad** no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza» (Ro. 8:20). Recordando que la palabra vanidad es la misma que «frustración», podríamos traducir «la creación fue sujeta a **frustración**». La frustración es resultado de la separación de Dios. Vivimos en un mundo frustrante porque se alejó de su Creador en el momento de la Caída. El apóstol expresa la misma idea vinculándola con nuestra separación de Cristo: «En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados... y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12).

El gran científico francés Pascal se refirió a esta causa última de la frustración con un memorable pensamiento: «Hay un vacío en forma de Dios en el corazón de cada hombre que no puede ser llenado por ninguna cosa creada, sino solamente por Dios el Creador, quien se dio a conocer a través de Jesucristo».

Aquí es donde encontramos la clave de todo el problema: la respuesta última a la frustración humana sólo se puede hallar en la persona de Cristo. Dios ha provisto en Jesucristo la vida abundante que es exactamente lo opuesto a una vida frustrada: «**Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia**» (Jn. 10:10). La palabra «abundancia» en el original es un comparativo -«más abundante»- y también se podría traducir por «extraordinaria, magnífica superior». Este versículo es como una síntesis preciosa de todo el Evangelio: ante el drama de una vida frustrada en un mundo frustrante, se alza esplendorosa la figura de Jesús que nos abre la puerta a una vida nueva magnífica, superior, en una palabra, una vida abundante de sentido, de realización y de esperanza.

Ante esta realidad gloriosa, el creyente ya no dice hastiado: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad», sino que prorrumpe con un gozoso «plenitud de plenitudes, todo es plenitud en Cristo».

Dr. Pablo Martínez Vila

Al gozo por la obediencia

La primera reacción al leer este encabezamiento quizás sea de sorpresa: «¿cómo puede la obediencia ser una fuente de alegría?» se preguntará el lector. De siempre el ser humano ha pensado exactamente lo contrario: la libertad sí que es una fuente de gozo, pero la obediencia lleva a la opresión y a la frustración. Estamos, por tanto, ante una de aquellas gloriosas paradojas del Evangelio que contradicen la mente natural para mostrarnos la profundidad del poder transformador del amor de Cristo.

Obediencia de corazón y obediencia por obligación

El amor de Cristo es la clave de nuestro tema y la explicación a esta paradoja. «El amor de Cristo nos constriñe» (2 Co. 5:14-15). El motivo por el cual obedecemos va a determinar nuestras actitudes y nuestros sentimientos. La obediencia del creyente nace como respuesta natural al inmenso amor del Señor Jesús. No es, por tanto, una obediencia *impuesta* a la que uno se somete porque no hay otro remedio, sino una obediencia *voluntaria* que emana del amor. Cuando uno ama, busca agradar en todo a la persona amada; así lo vemos en la relación de matrimonio. El apóstol Pablo se refirió a esta actitud precisamente como una obediencia de corazón: «...habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados» (Ro. 6:17). La obediencia que sale del corazón es voluntaria y produce un gran gozo porque se basa en el amor. Por el contrario, hay una obediencia que no sale del corazón porque no ama a su destinatario y genera un pesado sentido de sumisión y hasta de amargura. Éste es el problema del *legalismo* en el que puede caer el creyente cuando su fe es una *religión* pero no una *relación* de amor.

Aquí estamos ante uno de los aspectos más singulares del Evangelio: Dios no obliga a nadie a creer. Siguiendo con la ilustración del amor conyugal, Cristo no nos fuerza, sino que nos seduce con su amor. Tal fue la experiencia de Jeremías cuando obedeció al llamamiento divino y lo describió con estas hermosas palabras: «Me sedujiste, oh Señor, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo y me venciste» (Jer. 20:7). Por esta razón, Pablo -y todo creyente puede hacer lo mismo- se congratula de llamarse siervo -esclavo- de Jesucristo: es una obediencia que genera gozo porque ama a su Señor.

El gozo: por qué y dónde encontrarlo

El gozo es un sentimiento al que todos los seres humanos aspiramos, a la par que rehuimos su antónimo: la tristeza. No es casualidad que el himno oficial de la Unión Europea sea el «Himno a la alegría», fragmento de la novena sinfonía de Beethoven quien puso música a un hermoso poema de Schiller (*Oda a la alegría*). Todos nacemos ya con la necesidad de gozarnos. ¿Por qué? Ello es una consecuencia de la imagen de Dios en el hombre. Nuestro Creador es capaz de experimentar tanto el gozo como la tristeza y fue su voluntad que los seres humanos disfrutaran también de este sentimiento. La capacidad para sentir alegría es un recuerdo del sello divino sobre nuestra personalidad. De hecho, los animales no pueden alegrarse de la misma forma que el ser humano.

En numerosas ocasiones la Palabra de Dios nos exhorta al gozo y la alegría. Se nos invita a «gozar de la vida, de la esposa», etc. Tanto los Salmos como los llamados libros sapienciales (Proverbios, Eclesiastés) están repletos de alusiones a la alegría. Y también en el Nuevo Testamento, como veremos, este sentimiento forma parte de la experiencia del cristiano hasta el punto de que el gozo es un elemento esencial del fruto del Espíritu. Cristo vino para darnos no una vida mediocre, vacía o triste sino una «vida en abundancia» (Jn. 10:10). De la misma forma el Padre «nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Ti. 6:17).

¿Dónde encontrar el gozo? Todos buscamos las fuentes de satisfacción en los más diversos

campos de la actividad humana: culturales, políticos, religiosos. Así procuramos llenar nuestro tiempo de ocio con eventos a los que asistimos de modo activo o pasivo, como actores o como meros espectadores.

Sucede, sin embargo, que estas fuentes de alegría con frecuencia están secas o proporcionan una satisfacción muy efímera, por lo que se convierten en causa de desilusión, aburrimiento, y en no pocos casos en tedio y tristeza. Por tal razón, muchas personas ven en este mundo tan sólo un valle de lágrimas, en el que todo carece de sentido. ¡Todo es vanidad! como consideramos en los meses anteriores. Ese es el motivo por el que multitud de personas caen en el más deprimente pesimismo. Muchos hoy se preguntan: ¿hay motivos para la esperanza?. Un sí rotundo es la respuesta de los cristianos que se toman en serio las enseñanzas del Señor Jesucristo. Su certeza nace de creer y experimentar en su propia vida que Cristo es un manantial de donde fluye un gozo supremo.

Las palabras de Cristo, fuente de gozo y poder

Uno de los rasgos más llamativos de la persona de Jesús es su humanidad. El apóstol Juan, que compartió con el Maestro horas de honda amistad, recogió de él enseñanzas preciosas que ponen al descubierto una de las facetas más radiantes de su carácter: su amor. «Nadie tiene mayor amor que éste: que ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos...» (Jn. 15:13-15). Y de este amor brota un gozo inaudito: «Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido» (Jn. 15:11). El gozo de Jesús era el emanado del conocimiento del Padre y del cumplimiento de su voluntad, es decir de la obediencia. De este modo se anticipaba a la imitación de sus seguidores y con su ejemplo señalaba el camino de forma diáfana.

La obra de Cristo en sus discípulos se llevaría a cabo no sólo por esta vía de la instrucción y del ejemplo, sino ante todo por la acción del Espíritu Santo, como nos lo muestran los escritos del Nuevo Testamento, especialmente el de los Hechos y los de las epístolas. El testimonio apostólico se enlazaría con la enseñanza de Cristo y la experiencia de la Iglesia apostólica de todos los tiempos. Su historia registra ejemplos de fe y dudas, padecimientos difícilmente soportables y ejemplos de valentía de mártires innumerables que han sido blanco de las burlas de incrédulos y perseguidores. Pero estos mártires, lejos de desfallecer bajo el peso de la tristeza y el temor, han tenido experiencias de gozo triunfal, tal como les dijo su Maestro y Señor: «Vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver y se gozará vuestro corazón y nadie os quitará vuestro gozo» (Jn. 16:22).

Ello es así porque el gozo va íntimamente asociado al **poder** de Cristo. Ya lo anticipó Nehemías cuando declaró con vigor al pueblo: «El gozo del Señor es vuestra fuerza» (Neh. 8:10). Es cierto que el creyente sufre en verdad muchos de las penalidades que aquejan al no cristiano, pero también es verdad que del Señor recibe las fuerzas para confiar en él y seguir sirviéndole con alegría (2 Co. 12:1-10). No menos alentadoras son las palabras de Pedro cuando declara en su primera carta que somos «guardados por el poder de Dios mediante la fe para alcanzar la salvación (...) en lo cual vosotros os alegráis, aunque si es necesario tengáis que ser afligidos en diversas pruebas» (1 P. 1:5-6).

La obediencia, garantía del gozo, requiere un esfuerzo

Hemos visto hasta ahora cómo la bendición de la alegría no es otorgada al creyente incondicionalmente sino que va ligada a la obediencia. Ésta se convierte así en la garantía del gozo. Pero, además, el «estar gozoso» es en sí mismo un acto de obediencia. Las exhortaciones de Pablo al respecto suelen ir en el modo imperativo, es un ruego a obedecer: «Estad siempre gozosos» (1 Ts. 5:16), «Regocijaos en el Señor siempre...» (Fil. 4:4). Hay, por tanto un elemento de esfuerzo por nuestra parte incompatible con la pasividad y la autocomplacencia. Sin duda la

seguridad de nuestra salvación es una fuente perenne de gozo, un gozo espontáneo. Pero, en otro sentido el gozo es algo a cultivar, como una planta que hay que regar, tal como ocurre con las otras partes del fruto del Espíritu.

La paz, consecuencia del gozo

Es llamativa, y sintomática al mismo tiempo, la cercanía con la que el gozo y la paz aparecen en el Nuevo Testamento. Tanto en el texto por excelencia sobre el gozo (Fil. 4:4-7) como en el pasaje clave del fruto del Espíritu: «amor, gozo, paz...» (Gá. 5:22-24), ambos están íntimamente vinculados. Una relación tan estrecha no nos debe sorprender por cuanto el gozo auténtico del Espíritu es también fuente de una paz profunda. Cuando contemplamos nuestro estado actual en Cristo y experimentamos que «nada ni nadie nos puede separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús», la paz y el gozo fluyen de forma abundante. Todo creyente se identifica con la reacción de los magos de Oriente quienes «al ver la estrella se regocijaron con muy grande gozo» (Mt. 2:10). La estrella, señal inequívoca del nacimiento de Jesús, nos recuerda la gloriosa esperanza, presente y futura, que tenemos en Cristo.

La conclusión de todo lo expuesto debe animarnos a cantar:

*Las nubes y la tempestad
No ocultan a Jesús
Y en medio de la oscuridad
Me gozo en su luz.*

*Gozo, gozo, en mi alma hoy.
Gozo, gozo, doquiera que estoy.
Desde que a Jesús vi
Y a su lado fui
De su amor el gozo he sentido en mí*

*José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila*

¿Por qué Dios...?

La providencia y sus misterios

Muchos creyentes que se han extasiado ante las maravillas de la creación tropiezan con la doctrina de la providencia, ante cuyos arcanos quedan sumidos en la perplejidad y la duda. Otros, por el contrario, ven en la providencia una fuente de confianza y paz. Esta dualidad de experiencias puede darse, y a menudo se da, en la misma persona: en un momento dado se siente espiritualmente confortada por el modo de obrar de Dios en relación con sus hijos, mientras que en otro momento se ve aturdida como si toda la potencia heridora de Dios actuase sin misericordia sobre hijos suyos que le aman y le sirven. ¿Acaso Dios es voluble? En determinados días parece actuar con nosotros como si todo él fuese amor. En otros, como si empuñase una dura vara para disciplinarnos. ¿Cuál es nuestro Dios, el de la caricia amorosa o el del látigo?

El marco de la Providencia

No podemos limitar la Providencia a la relación de Dios con sus hijos, aunque tal relación es de importancia vital. Todo cuanto concierne a nuestra experiencia de creyentes hemos de verlo enmarcado en el cuadro de la creación, tanto en la preservación del mundo como en el gobierno divino de lo creado. Todo está regido y dirigido en conformidad con sus planes. Todo tendrá su manifestación gloriosa en la venida escatológica de Cristo y la consumación de su reino. Entretanto esa esperanza se cumple, todo cuanto concierne a la vida del cristiano y la de la Iglesia está bajo el control del Señor. Asimismo los avatares que turban y con frecuencia afligen a los seres humanos no quedan fuera del conocimiento divino, no están por completo bajo la influencia de fuerzas malignas. En último término, todo está sometido a la supremacía del Altísimo. A todos llegan los favores de Dios. Son muy significativas las palabras de Jesús en el sermón de la montaña cuando afirmó que nuestro Padre hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos (Mt. 5:45).

Esta soberanía de Dios se manifiesta también en su supremacía sobre los poderes humanos sobrenaturales, malignos: «principados, potestades, dominadores de este mundo de tinieblas, huestes espirituales de maldad...» (Ef. 6:12). Todas estas fuerzas carecen de poder para vencer cuando se enfrentan con el poder de Dios que asiste a sus hijos. ¡Cuán inspirado estuvo Lutero al componer la tercera estrofa de su famoso himno de la Reforma:

*Aun si están demonios mil
prontos a devorarnos
no temeremos, porque Dios
sabrà aún prosperarnos.
Que muestre su vigor
Satán y su furor.
Dañarnos no podrá
pues condenado es ya
por la Palabra Santa.*

Perplejidad ante las disparidades de la vida

La práctica totalidad de creyentes se ha planteado, más o menos seriamente, el problema de la teodicea, es decir, el modo como Dios gobierna el mundo, especialmente en la vida de sus hijos. ¿Por qué en situaciones análogas unos son librados de calamidades, mientras que otros en las mismas circunstancias han de ser víctimas de desgracias y duras aflicciones? Los primeros se consideran dichosos; los segundos deploran amargamente los padecimientos que la providencia les depara. Así vemos cómo el apóstol Jacobo y Esteban sufren muerte a manos de los

perseguidores anticristianos. Por el contrario, Pedro, encarcelado y condenado a muerte por el Sanedrín, es milagrosamente sacado por un ángel liberador.

Podríamos multiplicar los ejemplos de calamidades catastróficas (guerras, naufragios, incendios, etc.) en los que compartiendo los mismos peligros hermanos o parientes cercanos, unos se salvaron y otros perecieron. ¿Por qué?

Recordemos un ejemplo más: el de José (Gn. 39-47), hijo de Jacob, en días del Antiguo Testamento. Los hermanos de José odiaban a su hermano, por lo que hicieron todo lo imaginable para acabar con él. Poco faltó para que su malévolo plan se realizara; pero Dios en su soberanía no sólo impidió que los planes fraticidas de los hermanos se llevaran a cabo, sino que dirigió el curso de los acontecimientos de modo que José fuera exaltado a la más alta dignidad del país a excepción de la del faraón. Estrenadoras son las palabras de José al final de su drama: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien para mantener en vida a mucho pueblo» (Gn. 50:20).

Ahondando en el misterio

Son muchos los creyentes que confiesan su ignorancia ante el sufrimiento, propio o ajeno. En muchos casos no ven que de él pueda derivarse alguna bendición. Más bien les nubla su mente la idea del amor y el poder de Dios. A semejanza de ateos y agnósticos declarados se dicen: Si Dios es perfecto, ¿por qué permite el sufrimiento humano? Si es bueno y no lo elimina es porque no puede; y si es todopoderoso y no libra de todo dolor, no podemos admitir que sea un Dios de amor.

Aunque comprensible en tiempos de aflicción, no es un razonamiento sabio pues quien cae en él pierde de vista que Dios, el Dios de la Biblia, puede ser -y es- un Dios de poder infinito y de amor sin tacha. Sin embargo, como sucede en otros campos del conocimiento humano, es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos. Así lo han reconocido algunos de los sabios más destacados que han sido creyentes notables, entre ellos Blaise Pascal, Isaac Newton; en nuestros días Werner von Braun, físico, cerebro del proyecto «Apolo». Ante el testimonio de estos personajes ¿no resulta ridícula la declaración del astronauta ruso Yuri Gagarin al regresar de su paseo espacial: «He recorrido el espacio lunar y no he visto a Dios por ninguna parte»? Sarcástico, pero revelador de una mentalidad más antirreligiosa que científica.

Mucho más objetiva resulta una de las declaraciones del físico astrónomo inglés Stephen Hawking, científico prestigioso y de agudos razonamientos. He aquí una de las frases contenidas en su libro *Breve Historia del Tiempo*: «El triunfo definitivo de la razón humana sería llegar a conocer el pensamiento de Dios».

Pero ese triunfo nos está temporalmente vedado. Como ha escrito Pablo Martínez Vila en *El Aguijón en la Carne*, «el sufrimiento es como una pintura surrealista; deja siempre ventanas abiertas al misterio, ventanas por donde entra la fe. Las respuestas al enigma del sufrimiento, aunque sean parciales, no las hallaremos ni en la introspección ni en la filosofía, sino en Aquel que dijo de sí mismo: "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8:12). Ahí se hace plena realidad la frase del salmista: «En tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9).

Sí, hay misterios de la providencia que nunca llegaremos a comprender. Por ello hemos de pedirle a Dios que en su misericordia abra nuestros ojos espirituales para ver lo que nos es dado poder ver y robustezca nuestra fe para creer cuando no podemos entender. También los que dudan tienen promesa del Señor. Así lo aprendió Tomás cuando el Señor le dijo: «Porque me has visto, Tomás, has creído, más bienaventurados los que no vieron y creyeron» (Jn. 20:29).

José M. Martínez

El triunfo de la luz sobre las tinieblas

«Mas no habrá ya más oscuridad...

El pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz»

(Is. 9:1-2)

La proximidad de la Navidad nos mueve a reflexionar sobre el más grandioso acontecimiento registrado en la historia de la humanidad. Deplorablemente ha sucedido con la celebración navideña como con otros grandes hechos registrados en la Biblia: ha perdido el fulgor de su significado. Hoy, en los países de Occidente con una mayoría cristiana puramente nominal -de cristianos solo ostentan el nombre- el nacimiento de Jesús es un mero recuerdo histórico que no evoca en su corazón prácticamente ningún pensamiento y sentimiento de gratitud a Dios. Sin embargo, para los cristianos auténticos la Navidad es la culminación del hecho más glorioso de la Historia: «De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16).

La evocación del nacimiento de Jesús sólo es significativa en la medida en que se espiritualiza. De lo contrario, se convierte en folklore, en tradición huera, de modo que lo que debía ser una celebración eminentemente cristiana fácilmente se paganiza; lo que debía ser comunión viva del creyente con el Salvador se desvirtúa; el culto se vicia y altera; todo se tiñe de una filosofía hedonista: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». En vez de preocuparse del alimento espiritual que depara el mensaje navideño, se busca desmesuradamente comida y bebida que satisfaga la gula. Nota destacada en la Navidad es la iluminación que sobresale en muchos centros comerciales. ¿Para qué? ¿Para alegrar la vista de quienes visitan su establecimiento? No; generalmente para atraer y captar a posibles nuevos clientes; todo es pura actividad de marketing. En el fondo, otra forma de ensombrecer la belleza de la luz. De ese modo se dificulta que la gloria del mensaje de la Navidad llegue al mundo que Dios quiere salvar.

¿Cuál es entonces el significado espiritual de la Navidad? Se puede resumir en una sola frase, la que encabeza este artículo: el triunfo de la luz sobre las tinieblas. Veamos la dramática historia de este gran acontecimiento: ¿Qué simboliza la luz del mismo?

La oscuridad: génesis y propagación del pecado

En la Biblia la palabra «tiniebla», o «tinieblas», se usa para expresar adversidad, peligro, temor; también ignorancia, injusticia, sufrimiento de diversa índole, inseguridad. Éste es el paisaje moral de la sociedad de nuestro tiempo, una sociedad atormentada por múltiples recodos oscuros. Infinidad de personas sufren de una u otra forma el mal de nuestra época: el azote de las crisis. Pueden ser crisis económicas, políticas, morales, incluso religiosas, pero todas tienen algo en común: se viven como un túnel oscuro. Por ello, muchos andan a tientas buscando alguna luz en medio de tanta oscuridad. Otro de los males que oscurecen la vida de muchas personas es la inseguridad y el temor ante el deterioro creciente de valores fundamentales: debilitamiento de los lazos afectivos, especialmente el del matrimonio y la devaluación de la familia, de modo creciente amenazada por la ruptura de los lazos conyugales.

¿De dónde viene esta oscuridad? ¿Cuál es el origen último de las tinieblas?

El relato bíblico de la creación nos enseña el camino que llevó a la oscuridad. Comienza con una declaración lapidaria: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1). A continuación se inició un proceso de desarrollo que culminó con la creación del ser humano, exponente de la bondad del Creador. Según su propio testimonio, «vio Dios que todo lo que había hecho era bueno en gran manera» (Gn. 1:31).

Pese a tanta bondad por parte del Creador, el hombre correspondió con un acto de abierta

rebeldía. Dando crédito a un espíritu maligno, quiso ser igual a Dios y, desobedeciéndole, acarreó sobre sí el juicio condenatorio de Dios. No sólo perdió su favor, sino que empezó a vivir perdidamente enredándose en relaciones de mentira (Gn. 3). A la mentira siguieron los celos, el odio contra el hermano y finalmente la muerte violenta de éste. Como escribió el apóstol Pablo, «El pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte: así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro. 5:12). Había ocurrido lo que con razón escribió el poeta Nicolaus Lenau: «Suprimid a Dios y se habrá hecho la noche en el alma humana».

Así pues, la esencia del pecado es el divorcio de Dios, el cual comporta desacato de su autoridad y desobediencia de sus leyes. El hombre desvinculado de Dios se entrega a sí mismo y a la influencia de poderes malignos, dándole la razón al pensador inglés Chesterton: «Cuando el hombre deja de creer en Dios, no es que no crea nada, cree en cualquier cosa».

¿Hay una alternativa a este panorama de oscuridad? Las palabras de Isaías apuntan a la solución: «El que anda a oscuras y carece de luz, confíe en el nombre del Señor y apóyese en su Dios» (Is. 50:10).

La luz divina irrumpe en la oscuridad humana

Dios en su misericordia no quiso dejar al ser humano sumido en su oscuridad existencial y moral. En el drama de la historia, la última palabra no la tiene el hombre rebelde, sino Dios mediante la acción reveladora y redentora de su Hijo, el «Verbo» -Palabra- mediante la cual ha dado a conocer a la humanidad su plan de salvación: la obra expiatoria y reconciliatoria de Cristo. Ahí empezó la Navidad: «el Verbo era la luz verdadera...» (Jn. 1:9). Y esa luz trae salvación a los seres humanos, muertos en sus pecados. Cuando Jesús dijo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn. 8:12) estaba revelando lo más glorioso de su persona y de su obra. Su luz irradia en todas las facetas de la redención humana. Muestra lo maravilloso de la reconciliación del hombre con su creador; la justificación del pecador ante Dios; la santificación que transforma el creyente en una nueva creación y hace posible aplicar a la vida práctica los principios morales del Evangelio; la filiación divina en virtud de la cual es hecho hijo de Dios, la glorificación que hace a los creyentes perfectamente semejantes a su Salvador y Señor (Col. 3:1-4).

Los destellos de la fe y la vida cristiana que acabamos de mencionar constituyen la esencia del Evangelio. Y la de ser cristiano. El que dijo: «Yo soy la luz del mundo» también declaró: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt. 5:14-16).

¿Irradiamos nosotros esa luz o dejaremos que se desvanezca bajo la influencia de un mundo ajeno al gozo de la verdadera Navidad?

José M. Martínez

Libros de José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España